

Paco Velez

LAS FALSAS PEONADAS

Te encuentras ahí, sentado en el banco de Ley, rancio asiento, no por sus años forma o madera, sino el lugar en que se halla bajo el techo donde se reparte justicia. Podría ser un banco cómodo, pero no lo es para quienes tienen que sentarse en su duro asiento. Es el banco de la Ley; nada de insignificante banquillo o banqueta en el que tú te sientas desde los años perdidos de la niñez para ordeñar tu vaca, la única vaca que esta vida te ha permitido poseer, aunque para ti todo este banco sólido, rancio, no señorial, resulta incómodo, impresiona, comparado con tu banquillo, testigo silencioso, dos veces al día para ordeñar el fruto blanco y espumoso que las ubres de la vaca te concede. Un banquillo hecho de restos de tablas de un naufragio, brillante del roce y con olor a establo, a sueños y pesares, cuentas de la lechera. Un taburete para el reposo de tu esfuerzo mientras extraes alimento para los tuyos. Ligero alto en el camino del que siempre te levantas satisfecho una vez terminado el ordeño, y esa a manera de agradecer el fruto, dando una palmada cariñosa al animal.

En una mano el cubo con el rico botín, alimento grato de la plebe. En la otra el modesto banquillo, tu asiento de cada día. Y así, entrar en la humilde casa cuando la tarde cae lenta, bella despedida, sobre el campo y baña tu cuerpo deseoso resuello del descanso que aportan esos litros de leche que tanto ayuda al crecimiento. Y ahora, sólido banco señorial, ley de alturas donde te han sentado sin tardes que contemplar, no te puedes levantar según tu voluntad o necesidades, sino que se te ordena cuando debes hacerlo; "Levántese el acusado", el eco recorre la sala, bota en el techo: ¿Acusado de qué? Te preguntas interiormente un tanto ausente, extraño en el silencio del enlutado lugar. Tal vez pensando que a esa hora la vaca notará la falta de tus manos echándole el pienso en el pesebre, dándole golpecitos en la trasera, acariciándole las ubres para que sienta contenta la hora del ordeño. La mujer en casa en sus faenas, suspirando, sin comprender por qué son así las cosas; los niños en la escuela pese a todo. Una escuela por la que pasabas de largo un día y otro cuando tú también niño, esa escuela en la nunca pudiste acariciar el pizarrín, el embrujo de saber cuánto suman dos manzanas de Pepito y las tres naranjas de Miguelín. Que son cinco, es decir, dos manzanas más tres naranjas. Esa escuela que tiene libros para leer en voz

alta donde la vaca dibujada pasta en el prado: es blanca y con grandes pintas negras y meneas el rabo mientras come para poder dar leche. Tal vez si tú hubieses podido asistir a esa escuela cuando la niñez perdida, con tu catón y tus cositas, un dedo en la nariz y el otro en el tintero y manchar la banca una vez más. Y más tarde, con el tiempo, otra escuela grande con unos libros mucho más gordos, libros y pantalón de hombre. Y después a otro centro del saber, más grande aún y con libros más gruesos todavía. Y allí ir conociendo las cosas del mundo sus diversas formas, el placer de leer esas historias que tú ahora ignoras, adquirir la riqueza que acerca al hombre al propio hombre, instruirse más, aunque no siempre trae fortuna.

Ahora, sin la niñez del pobre, pobre, ¿quién sabe?, podrías estar sentado en un sillón cómodamente, tal vez en la playa con el susurro del mar sedante, un libro entre tus manos haciendo una pausa, comparar esta situación tuya de ahora con otro que no fueras tú en el banquillo, con la de ese personaje de Chéjov, Denis Grigoriv que también fue sentado en un banco de ley idéntico a ese donde te encuentras ahora aplastado, más o menos, banco de acusado al fin de cuentas. Ese personaje digo, que también fue acusado porque destornillaba malteadamente algunas tuercas de las que sujetan las traviesas a los rieles y afianzan las vías del tren, para usarlas como contrapeso en las redes de pescar en el río. Y ahora, al escuchar el "Levántese el acusado", al preguntarte el juez sobre las peonadas falsas del PER podrías recordar a aquél otro campesino, desahuciado personaje del cuento de Chejov, sentado también en un banco de ley, no en un taburete de ordeño, si no todo un banco con el peso de la balanza mal regulada. También él añorando su campo desde su pobreza, su río, las redes de pescar, el silencio de la tarde allá en el delirio de toda una belleza que igual a los pobres les embarga, cuando el río se va ocultando con la niebla y un canto se deja sentir en toda su tristeza.

Y cuando el juez preguntara: ¿Es cierto que a usted le han firmado peonadas falsas? Tú respondiendo: "Señor juez, sí, es verdad, pero qué importa una peonada aquí y otra allá, hoy en un lado, mañana en otro, con lo que se pierde en el campo en subvenciones en favor de quienes tienen mucho manejo que luego no existe, que se esfuma, pero da beneficio. Si yo le contara señor juez, como aseguran las cosechas y luego les prenden fuego para cobrar el seguro y no dar peonadas... Como siembran falsamente y dicen en voz alta allá en el casino, que así se gana más y no se

tiene que bregar con analfabetos". Pero el juez no entendería eso. Algo por encima de él se lo impediría. Él está ahí como aquél otro juez del cuento de Chejov frente al cacique ruso, el condenado de su cuento. Pero está ahí ahora por lo de las peonadas falsas, como el otro de las tuercas que el bueno de Denis Grigoriev destornillaba de la vía del ferrocarril para cumplir con los pescadores

Pero si tú hubieses ido a la escuela, como digo, y después a otra escuela más grande y con más libros, de esas que llaman instituto o universidad y sentir el despertar de la lectura como un ocio sublime, calidad social del hombre sobre el hombre, probablemente no estarías ahora delante de un juez, sentado en un banco que no es tu banquillo pequeño y brillante donde te vienes sentando dos veces al día, muy de mañana y tarde, para ordeñar tu única vaca. No estarías al menos por la misma causa sentado en ese duro asiento, levantándote de él para responder por unas peonadas falsas del PER. Podrías estar sentado sin embargo leyendo a Chejov, estremeciéndote ante la humanidad y el desamparo de sus personajes y la maldad de otros. De ese pobre desheredado ruso del relato que pide al juez, llorando, que no lo encarcele por coger unas tuercas de la vía del tren, porque siempre lo hacía con sentido del cálculo. Una aquí, otra allá; como tú las peonadas, que si él contara todos los que cogen tuercas, todos los que piden tuercas...

Podrías estar también por otras razones en ese banco. Por ejemplo: por robar, malversar enormes cantidades de dinero, pero no por unas miserables peonadas del PER falsamente conseguidas aquí y allá, para poder cobrar algún desempleo. Pero de todas formas sería otro el que estaría ahí, sentado en ese mismo banco de los acusados por eso de las falsas peonadas. Mas eres tú el inculpado igual que otros muchos. Y así hasta el infinito mientras paran madres con esta ley de vida que va poniendo en fila a todos los desheredados de la fortuna de esta vieja tierra mal conducida. De igual manera, si la suerte hubiese corrido para ti de cara, ¿quién dice que no podrías haber llegado a juez y ahora poder estar juzgando a unos pobres campesinos por haber pagado peonadas falsas? Quién sabe, averigüe usted, pero también podía estar sentado en ese mismo banco un banquero y unos políticos, porque ante la Justicia, al parecer, todos somos iguales, dicen. Pero seguro que tú nunca has podido soñar mientras ordeñabas tu vaca, que un día podrías ser juez y tener sentado en el banquillo de los acusados a un banquero u similar.

Tampoco un banquero desde su alto pedestal nunca pensaría que en cualquier momento se podía encontrar sentado en el banco de la Ley, con el mismo decorado, el mismo eco, que tú escuchas ahí donde estas ahora por el riesgo delictivo de las peonadas falsas. ¿Te imaginas tú como juez y enfrente tuya, ahí, en ese banco que no tiene comparación tu banquito chiquitín y brillante, que usas para el ordeño de tan querida vaca lechera? ¿Te imaginas siendo juez y en ese banco frente a ti sentado, no un campesino por esto de unas peonadas falsas, sino todo un rey de las finanzas culpado, por qué no, por un juez al haber cometido delitos de prevaricación, fraude a Hacienda, por añagazas a inocentes? O al mismo banquero que nunca has conocido pero que si tú hubieses sido juez, quien sabe si no podrías haberte relacionado con él en algún acto de investidura, en la conmemoración de una fecha importante, cuando la consagración de la primavera por parte de unos grandes almacenes, por la patria y las trompetas del Juicio Final, del mundo de las finanzas y el espejismo nacional del placer de las figuraciones, aplauso convenido pactado con el poder del dinero.

Pero nunca podrías aclararte a ti mismo cuál sería su equivalente en peonadas el fraude de un banquero o de un político de altura que por medio del poder de su cartera coacciona, de estos que andan por ahí sueltos como anda un cualquiera bajo el juego del hambre de las peonadas. Cómo calcular allá por el pueblo, en la taberna, tú y otros hermanos del surco, del mísero mundo jornalero, haciendo cuentas, digo, el número de peonadas que podrían salir pagadas a tocateja con ese fraude del poderoso o de los poderosos estafadores; con los juegos sucios de la camarilla política que le ha puesto truco a las pesas de la Ley. Que si tú hubieses sido juez a lo mejor te podía haber tocado meterlos entre rejas, si el delito llegaba a tal situación. Sentarlos en ese mismo banco de acusado donde te encuentras ahora. A la espera de una voz solemne "Levántese el acusado". Podrías imaginar ahora cuantas tuercas se podrían comprar con todo ese dinero para el personaje de Chejov, ninguno de vosotros lograría averiguar los millones de tuercas para servir a los pescadores de contrapeso en sus redes de pescar de los ríos. Camiones de tuercas de esas que sujetan los rieles de la vía del tren. Todo esto y más, cuando ahogado por la vergüenza piensas en tu vaca, si tendrá pienso en su pesebre, de quién la ordeñará cuando llegue la hora del ordeño. Las gallinas alrededor picoteando. La mujer en sus rezos para asustar los malos augurios, sin ganas, suspirando y con una vela encendida contra el diablo.

Pero tú, mínimo ciudadano sentado en un banco de ley, que no se parece nada a tu brillante banquillo, descanso y sosiego cuando ordeñas, no puedes ahora imaginar nada de esto, ahora que soñamos despiertos. No te han dado la oportunidad al menos de poder soñar estas ventajas. Ni siquiera alcanzar el lugar semejante al personaje literario como el que aparece en este monólogo ensoñado por mí, que es mío, que ni siquiera ha podido ser tuyo. Sólo eres un anónimo bracero sometido al delito de comprar falsas peonadas, que son acciones de esa bolsa de la miseria que nunca termina, tras la trastienda de la imposible belleza del campo roturado por un dios ciego al servicio de muy pocos .

(Del libro Crónicas de calles y caminos) inédito.

XXXXXXXXXX

¿Quién escribió el Quijote?

En unas tierras más bien baldías de ideas de progreso bajo el peso de su columna invertebrada de cuyo nombre no falta día que no recuerde su larga noche de piedra. Siendo yo niño mi padre, con paciencia y luz transparente, me contaba historias para ser comprendidas, sin que los guardadores de la “Reserva Espiritual de Occidente” enemigos de Pericles y el canto de la Marsellesa, pudieran palpar síntomas de contubernio judeomasónico. Yo era un embobado escuchando estas crónicas de la vida, cosecha propia de mi padre o bien escuchadas en bocas de confianza todas sin falta de fina ironía, en las lejanas tardes entre dos luces tranquilas en el taller de carpintería, con el que mi padre se ganaba el terroso pan de cada día, con el deseo de que fuera conociendo la lucha por la vida,

Y una historia, como esta que ahora les cuento, me condujo llegar un día a ser un buen lector de narraciones que hablan de la existencia cotidiana. Resulta, que allá por los años cuarenta de luctuosa y larga noche tenebrosa, que duró cuarenta años bajo la protección divina de la muy Santa Iglesia de Roma, un inspector de Enseñanza Primaria alto flaco,

fruto de alimentarse más bien con lentejas, papas y pimientos, que de lomos de ternera, pues conocido era el decir: “Pasas más hambre que un maestro de escuela”, se desplazó el buen hombre a un pueblo de la provincia a cumplir con sus deberes profesionales, que no eran otros que inspeccionar la enseñanza en las escuelas con templanza, ideales y cariño, fiel, seguro y sencillo de ser esta herramienta del saber forjadora y base de todo futuro, siempre que se supiera poner a prueba a los niños de las escuelas.

Diligente el maestro del pueblo, a todos los niños tenía preparados, limpios, compuestos y aplicados. “Todos de pie, el señor inspector” era la voz del maestro a la vez que invitaba al examinador con un: “Puede usted, señor inspector, preguntar a cualquiera de estos niños lo que considere” Ufano el funcionario, tras ordenar sentarse a los niños, puso la mirada en uno de la primera fila de bancas y le preguntó cómo se llamaba. Tomó su nombre y volvió a preguntarle: “Manolito dime, ¿Quién escribió el Quijote?” Manolito se tocó la nariz, miró a su maestro y tras tragar saliva, sorbió mocos, respondió “Yo no he sido señor inspector, yo no he sido” Ante el visible apuro del niño, el interrogador lo mandó sentar y eligiendo otro al azar, otro pequeño y aplicado alumno le dio la misma respuesta que Manolito. No se atildó el buen dosificador de enseñanza y repitió la misma pregunta varias veces obteniendo idéntica respuesta. Hasta el punto que el maestro, más nervioso que sereno advirtió con firmeza al inspector: “Yo le aseguro y juro señor inspector, que ni estos niños ni yo, hemos escrito el Quijote”

Imagine el lector el estado mental en que se sentía tan buen discípulo de Juan de Mairena cumplidor de su trabajo. Así que estupefacto, sin más preámbulos, se dirigió como bombero a apagar un fuego al ayuntamiento deseoso de poder hablar con el señor alcalde. A quien con los mejores y más calmados modos le contó la historia de lo sucedido en la escuela sobre la pregunta de ¿Quién había escrito el Quijote? A lo que el señor alcalde sacando pecho y autoridad le respondió: “Sepa señor inspector que yo, como Jefe local del Movimiento, máxima autoridad de este municipio, juro por Dios y por España que ni los niños de nuestra escuela, ni el maestro, ni vecino o vecina, y yo como alcalde a la cabeza, hemos escrito el Quijote”

Imagine, posible lector o lectora, el estado de ánimo de este hidalgo misionero devoto vigilante de la enseñanza, como caminaba con la cabeza gacha hablando solo igual a un

personaje shakesperiano de ser o no ser, por las calles de un pueblo en el que ninguno de sus vecinos había escrito el Quijote. Cuando a vuelta de una esquina se dio de cara con un hombre de gran altura metido en carnes envidiable muestra de estar bien alimentado con magros de ternera y buena caña de lomo, que tras disculparse se sintió sorprendido cuando este le soltó a bocajarro.

“¿Pero Rafael, estás ciego. ¿No me recuerdas, amigos y compañero de estudios? ¿Qué haces en este pueblo donde soy Jefe de la Policía?

Llegaron los abrazos efectivos y sinceros por parte de ambos. El trastornado examinador le contó la situación y experiencia sufrida, tanto con niños como maestro y alcalde incluido. A lo que su amigo el jefe guardador del orden en la localidad, poniéndose firme, una mano en el hombro de su compañero de estudios y la otra en los galones de mando de la bocamanga, mirando firmemente a su amigo respondió con energía cuartelera:

“Viejo y querido amigo, vete tranquilo a tu centro de trabajo y por favor espera una semana en hacer el informe escolar, que si en este tiempo no encuentro yo al individuo que ha escrito el Quijote, te juro que me arranco los galones”

Y se terminó el cuento con pan, pimientos y lentejas de las de Negrín, que quien quiere la toma y el que no las deja.

EL VIEJO PALACIO

A la memoria de Confidencias de Visconti

Profesor: “Los intelectuales de mi generación se han esforzado en buscar un equilibrio entre la política y la moral. La búsqueda de lo imposible.

.Visconti

Una gotera golpea imperturbablemente sobre un libro de Stendhal que descansa en la mesa, su gotear rompe el embriagador silencio de la casa, su estilizada presencia. Trina un canario provocado por la tristeza de faltarle libertad. El dueño de la mansión, Intelectual maduro y solitario, fervoroso tanto como exigente coleccionista de pinturas, con pasos lentos anda por la estancia mientras es contemplado desde todos los ángulos por codiciadas obras clásicas que cuelgan en las paredes. Da muestras de estar inquieto ante una esperada visita que le trae nueva oferta, la pintura de un autor que lo apasiona, algo muy deseado. En Roma llueve y la gota que por la gravedad se descuelga del artesonado continúa interpretando imperturbable su monótona melodía.

Entra la anciana criada silenciosamente, llega hacia donde reposa Stendhal dentro de su Cartuja de Palma, retira al empapado autor y su Cartuja, un paño con cuidado seca el libro, luego corre la mesa y sitúa un ánfora justo en el centro donde la verticalidad de lo incansable gota será acogida en el un fondo artesanal que se ha convertido en coleccionista de goteras.

Vuelve a trinar el canario y el cielo tiende a clarear. Lllaman a la puerta, son los anticuarios comerciantes con su mercancía.

XXXXXXXXXXXXXXXXXXXX